

“Meter caño”.

Jóvenes populares urbanos: entre la exclusión y el delito

Sergio Tonkonoff
CONICET - UBA

Introducción

Se sabe: el mundo social que los investigadores pretendemos abordar es un mundo pre-interpretado por los actores que en él habitan. Y el “tipo ideal” es, también en la vida cotidiana, una herramienta heurística (aunque requerida por rigores distintos a los de las construcciones metodológicas de corte weberiano). Así, durante una entrevista en el campo un joven vecino nos advierte, refiriéndose a la “banda de la esquina”, que nos encontramos en presencia de un nuevo “tipo juvenil”, destacando los rasgos característicos con los que es posible reconocerlo: “*es el clásico loco que anda con la gorrita así [con la visera sobre la nuca] (...) sale a la noche y te dice ‘eh, dame todo!’*”. Pedido, este último, que se realiza, claro está, a mano armada. Nuestro informante insiste, con cierta vocación etnográfica, en referirse a estos jóve-

nes tanto a través de sus prácticas como de los consumos culturales con los que aquellos se identifican. Y lo hace de este modo: “*son esos de la cumbia villera, viste ... que andan con el yoguin Nike, la gorrita y la remera con el cuello levantado, y salen de noche y meten caño*”.¹

Ilegalismos, consumos y espacios transitados son, entonces, las referencias centrales a partir de las cuales estos jóvenes son reconocidos por su entorno. Nos ocuparemos aquí de esas prácticas micro-delictivas, esos consumos y esos espacios, buscando dar cuenta de lo que creemos constituye su “secreto”: no se trata sino de la puesta en escena de una particular estrategia de reproducción a través de la cual estos jóvenes buscan, tenaz e infructuosamente, los elementos de una identidad “legítimamente” joven.

La esquina de mi calle

Una ignota esquina del conurbano bonaerense será nuestro universo. Universo empla-

zado a 30 km de la Capital Federal, en un populoso y pauperizado vecindario. Ésa es,

¹ Se refiere, valga la aclaración, al caño de un revólver.

podría decirse convencionalmente, su ubicación geográfica. Pero si el espacio, como quería Simmel, “no es más que una actividad del alma”,² entonces deberemos precisar exactamente su ubicación: esta esquina se encuentra situada en el borde externo de los límites trazados por el sistema educativo formal, el empleo legítimo, la familia y el mercado. Limita también con los vecinos y con la policía.

Se trata de una esquina ubicada, pues, en el mismo lugar que otras miles. Allí habita buena parte de lo que el catálogo de las ciencias sociales ha denominado “jóvenes populares urbanos”. En nuestro “caso”, el número de pobladores asciende a diez habituales, llegando hasta veinte en algunas ocasiones. Sin duda, se trata de una “banda”. Si por banda se entiende aquello que propone Deleuze para nombrar, por ejemplo, a los gamines de Bogotá: un grupo de “tipo rizoma”;³ un espacio de interacción en el que, a diferencia de las *street corner society* de la literatura norteamericana,⁴ no existen jerarquías, ni roles establecidos entre sus miembros. Un ámbito de sensibilidades comunes y de relación en-

tre iguales. Una muta, en términos de Canetti.⁵ Una tribu, al decir de Mafessolli.⁶

Nos encontramos, entonces, frente a un particular modo de constitución de la identidad popular juvenil urbana. Es que aquí, en ausencia de los tradicionales espacios de socialización,⁷ una de las principales instancias identificatorias de lo joven parece hallarse en relación con la pertenencia al grupo de pares. Y, en el marco del debilitamiento de los controles sociales familiares, escolares y laborales sobre los jóvenes varones de los barrios populares del GBA, la esquina parece haberse convertido en el ámbito natural de estos grupos. Así, en un contexto en el que se ha roto el modelo de normalidad basado en la educación y el trabajo como patrones de vida juvenil, pero aún no se han encontrado formas nuevas de normalidad y sustitutos del viejo modelo,⁸ las tribus de las esquinas bonaerenses se constituyen en “agrupamientos intersticiales”: nuevas formas de socialidad habitantes de un territorio móvil que varía su ubicación y su composición, de acuerdo a una compleja relación con aquellos espacios, móviles también ellos, que configuran su límite.

² Simmel, G.: *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Espasa-Calpe, Bs. As., 1939.

³ Deleuze-Guattari: *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Pre-textos, España, 1994.

⁴ White, W.: *Street corner society*, University of Chicago Press, Chicago, 1943; Trasher, F.: *The Gang*, University of Chicago Press, Chicago, 1963; Cohen, A.: *Delinquent Boys. The culture of the gang*, The Free Press, Chicago, 1955.

⁵ Canetti, E.: *Masa y Poder*, Alianza, Madrid, 1995.

⁶ Mafesoli, M.: *El tiempo de las tribus*, Icaria, Barcelona, 1990.

⁷ Tradicionalmente, dos instancias institucionalizadas aparecen configurando la identidad juvenil: A) el Sistema Educativo Formal y B) el mercado Laboral. La pertenencia a instituciones educativas supone cierto tipo de socialización, que provee al adolescente de los primeros elementos formalizados

para la constitución de una identidad social, revelada en la equivalencia entre condición de estudiante y la condición juvenil. Siendo la opción más clara de integración social para el adolescente, la escuela operará como el primer gran clivaje entre los jóvenes argentinos: aquí se juega la posibilidad un período de “moratoria educativa”, o del ingreso directo al mercado laboral (con lo cual la escuela dejará de ser una institución angular, ocupando el mercado de trabajo y sus mecanismos selectivos un papel definitorio). Así, el modelo tradicional hacia la adultez se hallaba estandarizado. En torno a estos dos ámbitos institucionalizados se definían los jóvenes: estudia o trabaja, o ambas cosas a la vez. A partir de la década del '80, la crisis socioeconómica y las dos hiperinflaciones parecen quebrar, para los sectores populares urbanos, la lógica que durante décadas organizó la relación entre ambos términos.



La esquina como sociedad secreta

El centro de nuestra investigación ha sido una esquina del barrio al que hemos denominado “El Lucero”. Allí, sus jóvenes pobladores esconden un secreto. Secreto que articula tensamente tanto la interacción de estos jóvenes con su entorno, cuanto las relaciones de estos jóvenes entre sí. Intentemos abordarlo en su forma y en su contenido.

En relación con la primera dimensión (la formal), es de destacar, por un lado, el papel del secreto en relación a quienes lo poseen (o, acaso, son poseídos por éste), es decir, su función interna. Citemos nuevamente a Simmel: respecto a la relación intragrupal, apunta este autor, la existencia de un secreto “envuelve como una valla, más allá de la cual no hay más que cosas opuestas”. El secreto reúne, pues, al grupo en una “unidad acabada”, dado que “a exclusión genérica de los demás, produce un sentimiento de propiedad exclusiva, provisto de la energía correspondiente”.⁹ Así la sociedad secreta “abraza a la totalidad del individuo” y compensa el aislamiento, que produce el ser secreta, con la intensificación del ser sociedad.

Por otro lado, el secreto tiene un lugar en la estructura de la relación intergrupala (esto es, entre quienes lo detentan y quienes sólo pueden atisbarlo desde el exterior). Desde este punto de vista intergrupala, el contenido del secreto carece relativamente de importancia respecto de la forma de relación social que produce su existencia. Es que “del misterio y secreto que rodea a todo lo profundo e importante surge el típico error de creer que todo lo secreto es al propio tiempo profundo e importante”.¹⁰ De modo que una primera

característica de la relación se encuentra vinculada con la mera presencia de algo sospechado, algo que acrecienta su valor por estar negado a muchos. Súmese a esto, en nuestro caso, que se trata de un secreto claramente visible: está allí, instalado en la esquina.

Nuestra esquina, como otras tantas del conurbano bonaerense, se tornó así en un topos paradójico: espacio público transido de misterios; morada, a ojos vista, de lo invisible. Allí se agita, sospecha el mundo circundante, un segundo mundo, furtivo, apenas embozado, oculto tras la diaria reunión de jóvenes ociosos.

Pero, ¿es posible dar cuenta del contenido de tan enigmático trasmundo?

El estereotipo “esquina-droga-delincuencia” (con su corolario policíaco-judicial), parece dar por resuelto el enigma, cuanto menos para los medios de comunicación y, en general, para los agentes oficiales del control social. Para los vecinos (jóvenes y adultos) el dilema parece ser más arduo. En principio, porque un estereotipo no tiene rostro: estos jóvenes, en cambio, son sus hijos y/o los hijos de sus vecinos, en el caso de los adultos; sus amigos y conocidos, en el caso de los demás jóvenes. De modo que el costo de una resolución punitiva a los interrogantes planteados por los jóvenes de la esquina posee un costo manifiestamente alto para todos.

Esto no significa, sin embargo, que el recurso a la policía, y en algunos casos a la justicia, no tenga lugar: en infinidad de ocasiones estos jóvenes son “desalojados” de las veredas que ocupan, y en algunos casos detenidos por la policía, a la que un vecino ha

⁸ Feijoo, M.C.: *¿Y ahora qué?: la crisis como ruptura de la lógica cotidiana de los sectores populares*, Doc. IPA-INDEC, Bs. As. 1988, pág. 10

⁹ Simmel, G., op. cit., pág. 355

¹⁰ Simmel, G., op. cit., pág. 352

convocado. No obstante lo cual, al día siguiente, el grupo se reunirá nuevamente en una esquina próxima de aquélla.

Presencia inquietante y persistente, entonces, la de quienes han “tomado” las esquinas del barrio. En este punto cabe preguntarse si la traumática interacción establecida entre los adultos (y también los otros jóvenes) y este “trasmundo”, el trasmundo de las tribus populares urbanas, no implica la emergencia de algunos interrogantes centrales en relación con la condición juvenil en un contexto de exclusión: ¿cuáles son las estrategias de reproducción juveniles posibles en dicho contexto?, ¿cuál es el lugar del microdelito y de la violencia en tales estrategias?

Anticipemos desde ahora que el grupo de jóvenes al que nos referimos no se halla relacionado, en cuanto tal, con prácticas ilegales. Ése, contrariamente a lo que muchos de sus vecinos piensan, es su primer secreto. Tampoco el grupo, en tanto grupo, es portador de un monto elevado de violencia. La práctica de ilegalismos y la violencia (de existir) se relacionan con el comportamiento de los miembros del grupo actuando individualmente o a la asociación “parcial” entre ellos (o con jóvenes ajenos al grupo) más que como agentes representantes del mismo.

Periódicamente, dos o tres jóvenes dejan la esquina en dirección a otros barrios: “*vamos a laburar*”, dicen. Lo que ellos mismos denominan “*meter caño*”, consiste en intimidar, a mano armada, a algún transeúnte o automovilista de una localidad vecina, para que éste haga entrega de cuanta pertenencia

de valor cargue en ese momento. Lo así “ganado” en dinero se reparte, y los objetos (relojes, cinturones, abrigos, etc.) son vendidos o cambiados por otros objetos, en el muy extendido “circuito paralelo de comercialización de bienes de consumo” existente en el barrio.¹¹ Cuando el botín es un auto de lo que se trata es de venderlo a un desarmadero o de utilizarlo un tiempo para el ocio y el “trabajo”, y luego abandonarlo.

Esta práctica del “caño” es llevada adelante en forma discontinua y no planificada. Se trata de cubrir una “necesidad” del momento: “*la mayoría de las cosas salen así: que no hay plata, nada. Entonces decimos: ‘vamo’ a salí, vamo’ a salí’: y salimos. Y traemo cualquier cosa!*” —comenta un joven entrevistado.

Así se revelan otros dos elementos “ocultos”, que estimamos importantes: en primer lugar, que la actividad micro-delictiva de estos jóvenes es intermitente; y, luego, que los productos de dicha actividad participan del múltiple complejo de unidades, agentes, procesos e intercambios que configuran la “matriz ecológica”¹² del vecindario con el que mantienen tan tensa relación.

Pero en la “banda de la esquina” habita todavía otro secreto. O al menos lo que constituye un secreto tanto para la mirada mass mediática, como para la mirada criminalizante: en relación de dependencia a veces; en microemprendimientos independientes, otras; nos hallamos frente a “jóvenes trabajadores”. Todos los miembros del grupo poseen o han poseído empleos legítimos y

¹¹ Durante una de las entrevistas con un joven del barrio, suena su teléfono celular, produciéndose, luego, la siguiente conversación entre nosotros: P.: ¿Es tuyo ése? / R.: ¿Éste? ... Sí, veinte pesos... es “descartable”... / P.: ¿Lo compraste por acá? / R.: Claro, viene un flaco y te dice: tomá... Ellos lo venden a un palo [cien pesos], viste? Y te dura dos

meses... después ya está, lo tenés que tirar... Está bueno. / P.: ¿Y cada dos meses podés conseguir uno? / R.: Y... si vos tenés buena onda con el flaco, te lo va renovando... Y yo tengo buena onda ... no te digo que me lo cobra veinte (pesos).

¹² La expresión es de Lomnitz, C.: *Cómo sobreviven los marginados*, Siglo XXI, México, 1975.

precarios: “*Changuitas... changuitas, así... puse membranas, hice una vereda, así como la de acá, que sé yo... Siempre por el barrio. Hace poco pinté una casa grande... un par de laburos así. Pinté unas rejas, siempre hago algo de eso...*”.

Se ve, entonces, que para estos jóvenes el recurso a determinadas prácticas ilegales (como el robo) se halla inserto en un conjunto de mecanismos y comportamientos que hemos llamado “estrategias juveniles de reproducción”.¹³ Concepto que intenta mostrar cómo dichas prácticas resultan incomprensibles fuera del complejo entramado que constituyen los modos mediante los cuales estos actores buscan satisfacer sus necesidades de alimento, vivienda, vestuario, esparcimiento, etc.. Decir que la actividad microdelictiva de

“Meter caño”: una de cowboys

El entrevistado es el menor del grupo de jóvenes habitantes de la esquina. A dos cuerdas de su habitual punto de reunión, en otra esquina, nos sentamos a conversar. Nuestro diálogo era esporádicamente interrumpido por el saludo de los vecinos que por allí pasaban. El reparo referente al destino de la grabación fue saldado con una escueta explicación sobre su posible uso con fines académicos; y la seguridad de que su nombre y localización no serían dados a conocer. Pero es claro que el buen *rapport* inicial estaba sostenido por el hecho de haber sido presentados por un amigo en común. Su recorrido vital posee similares características a las de los demás jóvenes del grupo (y a la de la mayoría de los jóvenes del barrio):

“meter caño” forma parte de una particular estrategia juvenil de reproducción, es decir que estos ilegalismos se inscriben en el marco de una serie de prácticas a través de las cuales estos jóvenes buscan la satisfacción de sus necesidades materiales y simbólicas (entre las que se encuentran, fundamentalmente, el recurso al sostén familiar y la realización de trabajos legales temporarios y remunerados). Al tiempo que señala su participación en el conjunto de las estrategias presentes en su entorno inmediato. Estrategias, estas últimas, que dan cuenta de un circuito económico informal, ampliamente extendido en el barrio, paralelo a la economía de mercado, caracterizado por el aprovechamiento de recursos disponibles y el intercambio recíproco entre iguales.¹⁴

estudios secundarios incompletos, cierta experiencia laboral interrumpida por largos periodos de desocupación. Argentino vive con su padre paraguayo, su madre correntina y sus dos hermanas menores, en una vivienda de configuración precaria. Dice tener 20 años. Comunicativo y entusiasta narra aquí los avatares de sus prácticas microdelictivas. Avatares que involucran, como se verá, un importante quantum de violencia naturalizada, así como una cierta vocación por la aventura (y su correspondiente gusto por el relato).

Comienza dando cuenta de lo improvisado de su accionar, del modo en el que éste se “decide”, tanto como de su inexperiencia en relación con la “comisión de delitos”:

¹³ Tonkonoff, S.: “Desviación, diversidad e ilegalismos: Comportamientos Juveniles en el GBA”, en *Delito y Sociedad. Revista de Ciencias Sociales*, número 10, Bs. As., 1998.

¹⁴ Es al interior de este circuito, por ejemplo, donde circulan las armas que utilizarán estos jóvenes para “meter caño”.

"me fui con un pavo que me rompía las pelotas tanto, que 'vamos, vamos, que yo voy, que esto , que el otro'. Y yo le decía: 'no'. Porque ya le veía la cara de pavo. 'No, no', le decía. Me rompió tanto las bolas que le digo: 'bueno vamos'. Y vamos. Estábamos por ahí y veo un chabón dentro de un auto, recostado, con las patas arriba del volante. Voy, así, cazo el fierro, todo. Y el que fue conmigo me decía: 'no, no'. Me decía: 'tiene cara de rati, tiene cara de rati'. 'ya fue. Yo ya estoy acá. Yo le doy', le digo. Cuando voy y lo pongo, así, todo mal: pim!, pum!. Se recagó el cabón. Le digo: 'bueno guacho bajate', le digo. 'A dónde está la llave?, pasame la llave, guacho. Bajate, dale. Dale que te mato acá nomás', le digo. Y me hacía así, corte que tenía algo abajo del asiento. Le digo: 'levantá la mano, porque te pego un tiro acá nomás, gil', le digo. Y el otro decía: 'dale hacele caso, hacele caso'. Le decía, con el caño así [tímidamente empuñado], re-asustado, viste? Y cuando el chabón le quiso arrebatarse el caño a mi compañero, agarro y le hago: pum! (hace el gesto de darle un golpe con la culata del revolver). ¡Sabés como saltó del auto! Y empezó: ah!, ah! 'cerrá el orto, cerrá el orto, porque te pego un tiro en la frente', le digo. ¡Y no me tiraba la llave!. Yo estaba de este lado, y el otro del otro lado [del auto]. Y salimos corriendo. Resulta que después me dice el pibe este: - '¿porque no nos llevamos el auto?'. - 'Porque no estaba la llave, estúpido', le digo. - 'Me las tiró al lado de mis pies, cuando le pegaste en la cabeza vos', me dice ... ¡juy! ¡lo quería matar! Y ese pibe nunca más hizo nada, ni me pidió más hacer nada".

Un robo (finalmente trunco) y una persecución policial, exitosamente burlada, revis-

ten aquí el carácter de proeza aventurera. Su relato cumple en recordar la intensidad de lo vivido

"y a mí me corrieron con un 47.¹⁵ Allá de ruta 11 lo trajimos, dimos toda la vuelta, conocés 'El Chelo'. Veníamos por 'El Chelo' y como no pudimos meter la minita dentro del auto y pintó el auto del justiciero: pum! zafamos sin la minita. Y ahí fue el error ... zafar sin la minita. No le llegamos a subir. Porque la minita saca el auto del garaje. Se baja del auto. Y nosotros justo veníamos caminando a las ocho de la mañana. Cuando se va a cerrar el garaje: pum! La ponemos: todo mal: vení, subí, subí!.. pinta un auto de atrás y la tuvimos que dejar. Me mando arriba del auto, pum! ... la minita hizo la denuncia y de toque la ley. Y desde allá del Chelo, hasta acá a la vuelta, nos persiguieron. Nos salvó esta vuelta que da la calle ahí. Hicimos pum, pum. Bajamos. Y yo corté. Yo corté a la casa de ahí. De ahí salté el paredón para este lado. Venía corriendo y cuando vengo corriendo siento que los ratis¹⁶ vuelven para atrás. Cuando sentí que vuelven para atrás, volví a saltar y me quede ahí. Con una nueve,¹⁷ así (agachado). 'El que entra lo mato', decía (se ríe) ... Claro, con el cagazo que tenía, si veía un rati lo mataba... Y me quede ahí. Hasta que pum!, se llevaron el auto. Estuve como una hora y después salí. Yo tenía una campera todo. Y cuando salí, salí con pantalón corto, remera. Sin caño, sin nada. Después lo fui a buscar ... No, si me habré mandado cada de cowboy yo!"

He aquí una expedición exitosa, realizada en una zona considerada por ellos como pródiga en oportunidades para el éxito en términos materiales, tanto como para el vértigo de la empresa rapaz del "caño":

¹⁵ Un auto

¹⁶ Policías

¹⁷ Pistola 9 mm

“Te cuento ésa, la de la chata,¹⁸ la Fiorino, con una banda de camperas, plata, de todo. El Pirata baja y lo pone al que manejaba. Y yo al otro lo agarré a los cache-tazos. Le decía: ‘andate para allá!, volvé para acá!’. Y le sacamos todo, los dejamos en shorcitos. A la vuelta nos volvíamos en la Fiorino peleando con el Pirata. Me dice: ‘no le sacaste la plata, nada!’. ‘no viste que se fueron en bolas los dos, pelotudo –le digo– no tenían un peso’. Miro para atrás y veo bolsas negras, abro: lleno de camperas. Después, veo un pantalón y empiezo a revisar: veinte, cincuenta, cien: ¡mil trescientos pesos! ¡En billetes! Salimos a buscar cualquier otra cosa ... y la re-pegamos. Y como dos lucas en camperas ... después, vestimos a todo el barrio. Y plata, billete ... sabés qué?! Al otro día fui me compré unas zapatillas, vaquero, lujuria, mujeres ... todo! Después, lo primero que hice fue buscarlo al Javier. Y me dice: ‘sí, yo escuché una frenada ano-

che’. Sabes que veníamos por ahí con la Fiorino, iba manejando el Daniel: pone el freno de mano y casi da vuelta la camioneta!. Veníamos de la risa. Veníamos: ja!, ja!, ja! Tenía música la camioneta. Veníamos: Tum! Tum! Tum! [imita el ritmo de la música]. Porque los chabones [dueños de la camioneta] eran re-guachitos, pero re-amargos. Tenían compacts re-amargos. Y veníamos cagándonos de risa de cómo sonaba la música y de los compacts que tenían!”

Finalmente, recuerda el tiempo en el que practicaba más asiduamente ese tipo de ilegalismos de la siguiente manera: “en esa época hacía billete ... no te digo que ahhh!, pero me vestía bien, no me faltaba nada. Como que si estuviera trabajando ... pero veía, también, cómo dos por tres pintaba mala onda” –esto último, en referencia a los episodios de violencia reseñados tanto como a la posibilidad siempre presente de la cárcel o la muerte en manos de la policía.

Umbral: el mundo de la esquina / el mundo del delito

Dos jóvenes son detenidos por la policía. Una vez en la celda de la comisaría, un interno los pone al tanto de un inesperado requerimiento: deben presentarse ante los presos que controlan, entre rejas, la vida de los espacios que ellos debían habitar mientras durara el encierro. Ya frente a los “jefes”, los jóvenes callan. Alguien los inquiere acerca de sus nombres, su edad, y el motivo por el cual estaban allí. La respuesta “Diego y Mariano, 20 años, tentativa de robo”, provocó una lluvia de puñetazos sobre ambos. Luego, quienes les habían propinado la paliza (leve, después de todo) les preguntan si tenían frazadas para pasar la noche, y les proveen de una a cada uno.

Quizá sea éste un buen ejemplo de la relación que mantiene la banda de la esquina con el mundo del delito. Un mundo que constituye para ellos, a la vez, una meta y un límite. Un universo al que aspiran pertenecer y del que permanecen ajenos en gran medida. Es que nadie que cargue positivamente de sentido la palabra “ladrón”, será ladrón porque lo ha decidido. No se es “chorro” sin más. Es el mundo del delito el que acredita tan preciadas membresías.

Quienes practican ilegalismos desde la esquina, utilizan la jerga de la cárcel y quisieran ser ellos mismos “chorros”. Cuando roban hablan de “trabajar”: “hoy salimos a laburar”, se dicen en confianza. No quieren

¹⁸ Camioneta

verse a sí mismos como “rastreros”.¹⁹ Ellos no “chetean”,²⁰ ellos “meten caño”: “laburan”, como buenos ladrones.

Sin embargo, a los ojos de los ladrones profesionales estos jóvenes son, antes que nada, un irritante estorbo. En primer término, por el peligro cotidiano que parecen representar para la vida urbana (incluso la de los ladrones); pero además, y fundamentalmente, porque “queman la calle”.

Comenta un ladrón profesional refiriéndose a la práctica juvenil popular del “caño”: *“viene un guachito y te saca un caño. Tenés 20 pesos en el bolsillo, ¿qué vas a hacer? ¿Te vas a arriesgar a sacarle el arma y que te pegue un tiro o le vas a dar los 20 pesos? ... Entonces: cada vez hay más, cada vez hay más ... y ¿lo más fácil qué es?, lo más fácil es ponerse un caño en la cintura y salir a cualquiera: ‘Dame las zapatillas, dame la campera!’ después la campera la cambian por un papel ²¹... y así se arriesgan”* –dice despectivamente.

Tanto peor cuando los jóvenes de la esquina quieren “ir a más”, y roban, por ejemplo, un auto: *“después dan un par de vueltas y lo tiran, o le sacan el estéreo, porque no tienen línea para venderlo, no tienen lugar para desarmarlo ... es moco, loco ... es bronca, es para bronca. Es para que vengan más policías: ‘vamos para aquellos lados que están robando muchos autos’”*.

Así, los miembros reconocidos del mundo del delito, los “profesionales”, perciben las prácticas delictivas juveniles como “irracionales”: su costo es muy alto para todos. Para los ladrones porque “sensibilizan” a la comunidad y movilizan a la policía; para

las víctimas porque sensibilizadas pueden reaccionar inadecuadamente generando una respuesta mucho más inadecuada por parte de la inexperiencia juvenil; finalmente, para los propios jóvenes que se arriesgan a la cárcel o a la muerte por un magro botín. Costos muy elevados, entonces, en relación a mínimos beneficios: *“porque no les sirve ... por ahí dan una vuelta, se meten en un negocio, meten caño, con auto robado, y se llevan cien pesos, doscientos pesos de una caja ... no sirve boludo eso ... ¡no sirve!. Porque nunca vas a poder juntar un mango y decir bueno, hoy pierdo y arreglo con el taquero:²² ‘tengo dos mil, tengo cinco mil, loco ... ¿no te va?, ¿no me dejas ir?’ ... pero, así, ¿cuánto podés juntar?, podés vivir bien, podés comer un asado todos los días, pero ¿cuántas veces tenés que salir? ... vas con otro más, te llevás doscientos, ¿cuánto tenés?: cien y cien. Día por medio tenés que estar saliendo a la calle ... ¿cuánto tiempo podés llegar a durar, que te salga todo bien, saliendo día por medio?, ¿cuánto tiempo podés durar?: meses. A lo sumo un año te doy ... ¿no?”*.

Se ve ahora porque los verdaderos habitantes del mundo del delito, los “delincuentes profesionales”, los portadores de lo que Edwin Sutherland llamó “sentido del robo”,²³ propinan golpes (y comprensivas frazadas) a sus jóvenes admiradores. Lo que difícilmente les concedan es el reconocimiento al que estos jóvenes aspiran.

Acaso sea éste el elemento más importante del secreto que celosamente se esconde en la banda de la esquina: sus jóvenes miembros, practicantes de intermitentes estrategias micro-delictivas, no son “chorros”.

¹⁹ Ladrones de poca monta: adjetivación despectiva en el mundo del delito.

²⁰ De “cheto”: individuo que, por su aspecto, es considerado como perteneciente a un estrato acomodado, y al que se lo despoja de los bienes que cargue en el momento (campera, zapatillas, dinero).

²¹ Gramo de cocaína.

²² Policía.

²³ Sutherland, E.: *Ladrones profesionales*, Ediciones de la Piqueta, Madrid, 1993.

Ser joven / Ser pobre

De los múltiples estratos de sentido, presentes en la práctica juvenil del “caño” aquí reseñada, nos interesa avanzar una interpretación acerca del problema, más bien general, de la constitución de las identidades populares juveniles que involucran dichas estrategias. Estrategias que, ciertamente, no pueden caracterizarse de “estrategias de supervivencia”. Esta vez, el dedo acusador, hipócrita y moralizante, de los ganadores en el juego social de las desigualdades, describe algo cierto: estos jóvenes no roban para comer. Y no podría ser de otro modo: reducir una estrategia de reproducción (legal o ilegal) a la supervivencia fisiológica, supondría que con la mera ingesta de alimentos se alcanza el estatuto de humano, y que se es joven por el sólo hecho de tener 20 años de edad. Esta operación de reduccionismo biologicista parece permear tanto las inculpaciones de cierto sentido común criminalizante (“si otros pobres no roban ¿por qué lo hacen ellos?”), como la indulgencia de la “buena conciencia” sociologista (“la indigencia lleva al delito por el camino de la necesidad “pura y dura”). En contraposición con esto, quisiéramos postular que los jóvenes en cuestión delinquen para ser jóvenes, para ser socialmente jóvenes.

Se sabe: ser “legítimamente” joven en la Argentina contemporánea, se encuentra en estrecha relación con el acceso a determinadas actitudes, actividades, espacios y consumos. Éstos actúan como signos inscriptos en dispositivos a través de los cuales se instituyen los límites del “deber ser joven” que pende, amenazador y fascinante, sobre nuestras cabezas.

La ropa, la música, las dietas, los sitios frecuentados, el uso del tiempo libre, capturados y/o producidos por la lógica impenitente del mercado, configuran signos y rituales de

un tipo de identidad juvenil que ha logrado aparecer frente al conjunto de la sociedad como un “divino tesoro”: un hacer y un poseer que, por deslizamiento insensible, otorgan un “ser”. Un hacer “genital”, identificado con la satisfacción sin mediaciones del deseo, con la urgencia de una descarga pulsional sin continente. Un poseer para la ostentación y el consumo improductivo. Y así, un ser para lo efímero permanente.

Un “ser joven” a la medida de un *ethos* epocal post-histórico, desencantado e impasible. Un ser joven, a la sazón, apático, acrítico, despolitizado, individualista y bello. Ajeno al futuro y al pasado: habitante paradigmático de la dimensión sin espesor ni continuidad del tiempo posmoderno. Portador de un cuerpo lozano y un presente continuo, el joven legítimo tiende a constituirse en el doble deseable de la sociedad en su conjunto.

Es posible que frente a esta figura de lo joven, todo lo que haya sea desviaciones. Pero, por lo mismo, es éste un ser joven capaz de establecer gradaciones, operar modulaciones, trazar límites y producir exclusiones. Integrar, diferenciar y expulsar son los trabajos simultáneos de “lo joven hegemónico”. La pobreza constituye entonces, como es de esperarse, la última frontera de la juventud “legítima”.

Signados por una fugaz transición de la niñez al trabajo, los jóvenes de los sectores populares nunca fueron muy jóvenes. En ausencia de una relativamente prolongada moratoria otorgada, y sostenida, por la familia para la formación escolar, el consumo improductivo y la experimentación (moratoria presente en los estratos sociales mejor situados para “adolescer” de irresponsabilidad), el paso de la juventud a la madurez del trabajo y la familia propia se realizaba aquí con cierta premura.

Ahora, fuera o en los márgenes del mercado laboral (y del sistema de educación formal), los miembros biológicamente jóvenes de los sectores populares urbanos, no tienen más remedio que serlo también socialmente.

Sin otro lugar que el del ocio forzado, deben ser forzosamente jóvenes: deben pugnar por construir una identidad allí donde pare-

La sociedad de riesgo:
lo joven hegemónico
y su doble "monstruoso"

Resituemos, pues, el espacio social habitado por los jóvenes del "caso". Fuera del sistema educativo formal que provee la posibilidad de asimilación de la condición de estudiante a la condición juvenil; fuera del empleo y de la situación de solvencia familiar que posibilitan el acceso lícito al universo del consumo; y fuera, o en los márgenes, del mundo del delito (que es, con todo, un mundo capaz de brindar protección y reconocimiento a sus miembros) el lugar de estos jóvenes es el no lugar de la esquina.

Es éste un espacio "desterritorializado", por cuanto no participa de ninguna jurisdicción institucional capaz de producir anclajes que suministren los elementos determinantes de una identidad juvenil positivamente valorada.

Como un espacio liso y "sin medida", la esquina se sustrae a la lógica "catastral",

cen hallarse los elementos capaces de significarlos socialmente: el mercado de bienes de consumo.²⁴ Aquí, los atributos de lo joven hegemónico, en tanto constituyentes de identidad social positiva, son afanosamente buscados por los jóvenes desafilados.²⁵ Y lo hacen a través de la combinación de "satisfactores" a su alcance.

"métrica",²⁶ formalizante, de las tradicionales instancias normativas. Espacio, entonces, de máxima apertura, pero en condiciones de máximo desguarecimiento. Aquí, la desprotección generalizada, que opera como una tendencia central en la Argentina "post-social", alcanza su paroxismo. Éste es el "borde" en el que se sitúan las estrategias juveniles de reproducción que incluyen la práctica micro-delictiva del "caño".

Vertiginosamente expuestos a la potencia centrífuga de la "sociedad de riesgo",²⁷ estos jóvenes buscan la tierra firme de la identidad en las representaciones hegemónicas de lo joven. En esas mismas representaciones que los condenan a la invisibilidad o, en el mejor de los casos, a la estigmatización. Es que lo que aquí hemos denominado "joven hegemónico" se presenta al conjunto

²⁴ "El mercado toma el relevo y corteja a la juventud después de haberla instituido como protagonista de la mayoría de sus mitos. La curva en la que se cruzan la influencia hegemónica del mercado y el peso descendente de la escuela representa bien una tendencia: los "jóvenes" pasan de la novela familiar de una infancia cada vez más breve al folletín hiperrealista que pone en escena la danza de las mercancías frente a los que pueden pagárselas y también frente a esos otros consumidores imaginarios..." Sarlo, B.: *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Espasa Calpe, Ariel, Bs. As., 1994, pág. 42.

²⁵ El concepto de "desafiliación" es usado aquí en el sentido de Castel. R.: *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1997.

²⁶ Los conceptos de "espacio liso" y "espacio estriado" o "catastral" proceden de Deleuze, G.-Guattari, F., op. cit.

²⁷ Beck, U.: 'Modern society as a risk society', en: N. Stehr & R. Ericson (eds.), *The culture and power of knowledge*. Berlin y New York: Gruyter, 1992; Beck, U.: *The risk society*, London: Sage, 1992.

social como universalmente accesible, al tiempo que se halla diferencialmente distribuido en su “posesión” cierta. Eso es: lo joven hegemónico requiere fuera de sí, pero también junto a sí, a lo joven excluido. Y eso lo torna deseable.

Solos (o “en banda”) frente al sortilegio abismante del mercado, los jóvenes de las esquinas están condenados a “no ser”. La lógica de la polarización social vigente parece prescribir que deseen en paz y luego mueran en silencio. Ante la imposibilidad de cumplir acabadamente con tan singular mandato, ellos “meten caño”. Es decir: desean con furia y, en algunas ocasiones, matan y mueren con estruendo.

Y son esas muertes ocasionales los límites que muestran los múltiples lazos que vinculan a lo excluido con lo excluyente, a lo estigmatizado con aquello que lo marca como diferente. Porque estos jóvenes no hacen sino afirmar, exacerbando hasta la deformidad, los valores existentes en un tiempo “sin valores”: el individualismo competitivo e inescrupuloso y el consumo compulsivo y ostensible. Asumen al pie de la letra, en el torbellino de su acción microdelictiva, el estilo de vida puesto en vigor por la “inseguridad ambiente”²⁸ de las sociedades de riesgo: habitar el presente continuo de la satisfacción inmediata, del éxito material, del yo “narcisista”, sin esperar nada de nadie, sin deberle nada a nadie. Así, lo joven excluido se convierte en el doble monstruoso de lo joven hegemónico. O acaso, más sencillamente, en su trágica caricatura.

He aquí un relato que quizá dé cuenta acabadamente de lo que aquí se ha intentado decir:

“Fuimos con en un Ford K, el Daniel, el Pirata y yo. Vemos un chabón va entrando a la casa, y cuando va entrando, le ponemos el auto ahí. Y baja el Pirata así: ‘gua-cho dale, bajate. Bajate, tranquilo’. Y yo bajo del otro lado a poner a la mina que iba con el chabón. Y cuando bajo, el chabón hace marcha atrás... con un Volkswagen Golf, creo que tenía... no sé. De la locura que tenía... O sea, no estábamos locos...²⁹ fue por el flash, viste?, no llegué a ver qué auto era. Que era azul vi nada más... Bueno, el chabón hizo marcha atrás y: pum! ¿Sabés cómo casi lo da vuelta al Ford de nosotros?! Y después, puso primera, para pisarnos al Pirata y a mí. ¡nos quiso pisar, el chabón! Cuando se venía encima el Pirata y yo lo esquivamos, y nos fuimos de toque. Le podíamos haber pegado un tiro, pero nos fuimos de toque... Se enganchó mal... Cuando vos salís, es a cualquiera. Sale la onda. No es que buscamos a uno. Cuando vos ves que uno está entrando [a la casa]: bingo!”

“Ese día salimos porque queríamos una casa. Y porque se le quemó el equipo [de música] al Daniel. Y queríamos equipo, heladera... le íbamos a sacar todo. Todo le íbamos a sacar: tele, todo. Ibamos a llenar los dos autos llenos de giladas. Y de paso le pedíamos plata.

Y ahí fue el bardo!³⁰ Dejamos el auto a dos cuabras y nos volvimos caminando” ❧

²⁸ Inseguridad que tiene que ver mucho más con el fin de las “certezas” de una sociedad que supo ser “estado-céntrica” (es decir, organizada alrededor de un estado benefactor proveedor de servicios sociales universales, legislaciones protectoras de una

mínima calidad de vida, políticas de orientación hacia el “pleno empleo”, etc.) que con las prácticas popular-juveniles que aquí se tratan.

²⁹ Drogados.

³⁰ Problema, trastorno, caos, desorden.